

PRIMER CONCIERTO

LUDWIG VAN BEETHOVEN

Cuarteto de cuerda en La mayor, opus 18, núm. 5

“Es, probablemente, el compositor más admirado de la historia de la música occidental”, afirma el *Grove*, diccionario al que siempre conviene recurrir. Sin ningún género de dudas, Beethoven lo es así, por tirios y troyanos, por los más sesudos varones de la crítica y por todos los públicos del orbe entero. Ya como niño prodigio (a los doce años se publicaban sus primeras piezas), con carrera de pianista, la vida rebotante de sufrimientos del genial músico de Bonn nos lega un catálogo capaz de llenar por completo un gran capítulo de nuestro arte desde distintos ángulos vitales. Sin remontarnos a sus sinfonías y, posiblemente, a otras creaciones suyas, las treinta y dos *Sonatas* para piano y su serie de cuartetos de cuerda poseen ese don especial del más elocuente ejemplo de concreción de sus tres actitudes compositivas, es decir, definen por entero su personalidad.

Con toda clase de prevenciones, Beethoven llega al cuarteto cuando ya no es un joven compositor. Así, su espléndido bloque de la *opus 18*, reuniendo seis muestras de su escritura, puede ser fechado entre los años 1798 y 1800; no deja de sorprender que, al año siguiente, fueran publicados en Viena. La obra está dedicada a su protector y amigo el Príncipe Lobkowitz. Por aquel entonces comienza su sordera y, en una apreciación global, en las seis páginas cuartetísticas se denota la influencia de Mozart y la de Haydn, su maestro, pero apareciendo en distintos momentos ya su indeleble impronta.

El *núm. 5* resulta una entera partitura diáfana, quiere decirse sin excesivos resaltes de índole dramática, estimándola más como exponente del dominio de la escritura que, en general, tiene en lo imitativo su más alto ejemplo como recurso técnico. Su primer tiempo es